

Nadie podría imaginarse el tono despectivo con que fueron pronunciadas estas palabras.

Por mi parte aun resuenan en mis oídos y me hacen estremecerme aún.

XIX

Una promesa del capitán Hyx.

Y como si hubiera oído lo que acababa de pasar entre el capitán y yo la almiranta von Treischke, empujando ante sí a la pequeña Dorotea, a Enriquito y a Carolus (a éste le había puesto sin duda este nombre en recuerdo mío), se presentó mostrando la desesperación más noble y más conmovedora.

Los transportes que la habían agitado antes de que encontrara a sus hijos habían sido causa de que se la hubiera soltado su admirable cabellera, que caía ahora en doradas ondas sobre sus hombros.

Entregada por completo a su emoción y a las terribles hipótesis que poco a poco habían acabado por invadir su espíritu, no se había tomado el trabajo ni el tiempo de reconstruir el edificio de su peinado, apareciéndose en el más lamentable y más bello desorden.

Sus ojos, llenos de lágrimas, tenían una expresión angelical que yo no les había visto nun-

ca, y una angustia sublime parecía divinizar este rostro ideal.

En cuanto se halló ante el capitán Hyx, cayó de rodillas, lo mismo que sus hijos, y le dijo con una voz y un acento que hubieran ablandado el corazón de un figre:

—Señor, aquí fiene mis hijos. ¡Se los confío a usted! Ellos no han hecho aún ningún mal en la tierra. Son seres inocentes, a los que yo les he enseñado a amar cuanto les rodeaba. Su corazón es sencillo como el mío. Le querrán a usted como a un padre, si usted se deja querer y enfernecer... Sin duda ha sufrido usted mucho, y entonces fiene usted mucho que perdonar. Pero usted cree que debe odiar, y yo he visto hace un momento, por la forma en que ha temido usted que les hubiera pasado algo a mis pequeños, que no es usted insensible... Por lo demás, a los niños no se les odia. Sin embargo, parece ser que los niños corren peligro aquí. Por eso se los confío a usted. Yo tengo confianza en usted. No quiero juzgarle. Eso no es cosa mía... Yo no sé quién es usted; pero a buen seguro no es usted un verdugo de niños... No creo que porque ellos hayan cometido horrores, vaya usted a mostrarse más despiadado aún...

—Señora — dijo el capitán Hyx con su más tranquila y fría voz, mientras Dolores y yo derramábamos a su lado torrentes de lágrimas—, levántese usted, se lo suplico...—y la ayudaba, con gestos de una nobleza incomparable, a adoptar ante él una actitud menos humilde—. Siéntese usted junto al señor Herbert de Renich,

su amigo, al que precisamente le estaba diciendo hace un momento que no dependía, en verdad, de mí el que se tocara a un cabello de sus hijos.

—¿De quién depende entonces? — exclamó ella más aterrada que nunca—. ¿Sabe usted, señor, que ésas son palabras terribles? ¿Es que depende de alguien el que se toque a mis hijos?...

—¡Señora, depende de su padre!—replicó el capitán Hyx con una voz cada vez más lejana, y con esa vaga actitud adoptada generalmente por los Poncio Pilatos en el momento en que se prepara un gran crimen.

Antes de que hubiéramos podido oponernos a ello, Amalia había vuelto a caer de rodillas ante el capitán, y alzaba las manos hacia él en un gesto de súplica que el arte ha consagrado en los más bellos lienzos en que ha representado el dolor humano.

—¡Su padre!... ¡Su padre! ¡Ah, señor, ya sé lo que quiere usted decir!... Su padre lleva un nombre sobre el que se ha acumulado todo el peso del horror del mundo por crímenes que son menos los suyos que los de una casta que ha erigido el espanto en sistema. Pero su padre no es un hombre malo. ¡Cuántas veces he podido doblegarle yo!... Que se me conceda hablar a su padre, y el hombre que es usted me agradecerá que le haya ahorrado "actos" inútiles. ¿No sabe usted que si su padre me ha alejado de su lado y me ha hecho embarcarme para una orilla lejana ha sido porque no tenía energía para ne-

garme nada, y porque no podía oír mi voz, que no cesaba de reprocharle *sus crímenes alemanes*? Más eficaz que cuanto usted pudiera hacer, sería mi voz hablando a "su padre".

—Pues bien, señora—interrumpió de pronto el capitán Hyx con un tono que a mí me pareció por lo demás sumamente singular—, pues bien, haremos cuanto sea posible por que a la mayor brevedad pueda usted hablar con "su padre".

—¡Ah, prométame eso!—exclamó la desventurada arrastrándose como una esclava a sus pies—. Prométame que no tocará usted ni tocará nadie a ninguna de estas queridas cabecitas mientras yo no haya hablado al padre, y le bendeciré a usted... Escuche... Escuche... ¡Oh, escúcheme bien! Hay que ser lógicos, ¿no es verdad?... Yo veo bien que, a pesar de su bondad (repito que usted es bueno, yo lo sé), es usted terriblemente lógico. ¡oh, hombre temible!... Pues bien, yo he de decirle también lógicamente: Puesto que no es por su gusto diabólico por lo que se iragan crímenes aquí, sino por la salvación del mundo (¿le he comprendido?, ¿le he comprendido? ¡Ah! Una madre lo comprende todo cuando va en ello la vida de sus hijos); pues bien, puesto que es así... no puede haber nada más eficaz para detener el crimen germano que la voz de Amalia, de Amalia Edelman, que no es una voz alemana, hablando al oído del almirante von Treischke, su marido, cuyos hijos son los prisioneros de usted. Pero júreme, señor, júreme que no se emprenderá nada contra ellos antes de que yo vuelva, pues tendré el

valor y la confianza de abandonarlos, puesto que es inevitable, y en seguida volveré, después de haberle hablado a él... Y le prometo que volveré con un tratado de paz submarina que garantizará la vida de los no combatientes y las de las mujeres y los niños, en fin, todas las vidas que no pertenecen ni han pertenecido nunca a la guerra, y que son existencias sagradas que un guerrero noble y honorable debe respetar; ésta ha sido siempre mi opinión y el motivo fundamental de la cólera que me ha inspirado mi marido. ¡Señor, júremelo!... Mi marido me quiere... ¡Señor, mi marido me adora! ¡Sin duda me escuchará!... Pero que la palabra de usted, pronto... se lo pido de rodillas... mire... lloro a sus pies... que su palabra proteja a mis hijos hasta entonces... Eso es cuanto le pido. Después, ¡Dios mío!, si no he tenido éxito, siempre nos quedará tiempo para morir a mis hijos y a mí, *si es que nuestra muerte puede serle útil en algo, señor...*

¡Ah! ¡Con qué acento pronunció esto: "si es que nuestra muerte puede serle útil en algo, señor"!

Dolores y yo nos habíamos levantado, y, movidos por un mismo impulso, nos habíamos acercado sollozando a suplicar al capitán Hyx.

Por otra parte, Dolores, no pudiendo soportar la siniestra mirada que le lanzó el Hombre, el amo de todos nosotros, suspiró y se ocultó el rostro entre las manos.

Y yo exclamé:

—Capitán, conceda usted a esta madre lo que

pide. Si regresa sin haber tenido éxito, yo también estaré aquí para morir con ella.

El capitán dijo:

—Señora, le reitero mi promesa de no hacer nada sin que haya hablado usted a su marido.

Dijo esto muy claramente, pero con suma frialdad. De todos modos, tenía un modo tan solemne de expresarse, que a mí me chocó y me inspiró confianza.

Sin embargo, cuando se volvía para marcharse, después de habernos saludado sin preocuparse más de aquella pobre mujer y de sus tres hijos, Amalia se arrastró aún hacia él y le gritó:

—¡No! ¡No! No le dejen marcharse así. Le he dicho que jurara y no ha jurado... ¡Présteme el juramento que le pido, y sólo entonces estaré tranquila!

—¿Por quién quiere usted que le preste juramento, señora?

—¡Dios mío!—clamó ella—, ¡Dios mío!... Por el suplicio del tío Ulrich, que le ha pagado su deuda y ya no le debe nada... Júreme que respetará a mis hijos mientras yo no haya hablado a mi marido.

—Señora—dijo el capitán—, es cosa convenida y se lo juro a usted como desea.

Luego llamó y recomendó al *maitre d'hôtel* que condujera a Amalia y a sus hijos a su departamento y cuidara que no les faltase nada...

XX

El tío Ulrich pasa otro mal cuarto de hora.

Asi que Amalia estaba al corriente del martirio del tío Ulrich!

Debía haberse enterado de la horrible cosa en aquel mismo instante—pensé yo—, para que hubiera cambiado de actitud tan categórica y rápidamente. Ahora podía yo explicarme su súbita desesperación y el nuevo delirio con el que reclamaba promesas y juramentos de seguridad para la vida de sus hijos...

—¿Cree usted que cumplirá su juramento?—me preguntó levantándose con mi ayuda, cuando el capitán nos hubo dejado.

—Yo creo que sí—dije yo—. Me ha parecido sincero. Por lo demás, creo sobre todo que le ha adivinado usted: es un terrible *utilitario*, o por tal se tiene al menos. Le ha convencido usted de que nada puede serle más *útil* que una entrevista de usted con su marido. El le ha prometido esta entrevista, y puede usted estar tranquila hasta entonces. Yo también estoy tranquilo,

querida Amalia, yo que estoy decidido más que nunca a compartir todos sus frances y sus desgracias.

—¿Y qué piensa de esto la señorita Dolores?— preguntó Amalia.

Pero la señorita Dolores ya no se encontraba a nuestro lado. También ella se había marchado. Ya no se encontraba con nosotros más que el obsequioso *maitre d'hôtel*, que se ponía "a la disposición de la señora" para conducirla a sus departamentos.

Así, pues, emprendimos el camino, durante el cual yo interrogué a Amalia acerca del tío Ulrich. Ella no me contestó. Quizás no tuviera fuerzas para hacerlo. De cualquier modo, al llegar a su departamento, empujó una puerta que daba a un pequeño gabinete, al fondo del cual yacía en una cama de campaña el tío Ulrich, a cuya cabecera se encontraba el médico de a bordo.

Este buen hombre, docto entre los doctos (hablo del tío Ulrich), no aparecía muy cambiado después de su última aventura. Algo paliducho, pero con las mejillas rellenas, la barbilla sólida, los cabellos siempre rizados.

El tío Ulrich reposaba tranquilamente.

Pero su boca entreabierta no dejaba ver su lengua, y con razón.

El excelente médico de a bordo, que se había levantado a nuestra llegada, nos hizo saber que había aplicado una inyección de morfina al paciente, que éste casi no tenía ya fiebre y que de aquí a algunos días las cosas reanudarían su

curso normal, salvo, por supuesto, la elocuencia, cosa de la que el querido *professor* habría de abstenerse, por desgracia, en lo sucesivo, "lo cual—añadió—no deja de ser enojoso para un *professor*".

—¡No!—exclamó una voz detrás de nosotros.

Y figuraos nuestro estupor, sobre todo el mío: ¡esta voz era la de Amalia! Después de habernos lanzado este "no" furioso, fué a encerrar a sus hijos en su cuarto y volvió a nosotros, que nos habíamos quedado parados ante su inesperada protesta.

Sin preguntarse un segundo si el brillo de su exaltación podría sacar al ilustre von Hahn de su saludable reposo, Amalia se entregó a una "salida" contra el profesor, que me decía mucho sobre los sentimientos ocultos de Amalia respecto a la raza germánica, la cual, no obstante, le había dado un marido.

¡Ah! ¡Seguía siendo luxemburguesa! ¡Y con mucha más firmeza que otras muchas mujeres de nuestro país (y de alta posición, si os place) que no se han casado en Alemania!

¡Ay! La debilidad que tenemos nosotros, pobres gentes de un pueblo pequeño, nos ha impuesto silencio en minutos terribles en que podíamos sentir deseos de hablar. No hemos sufrido como los belgas, porque no hemos combatido (no pudiendo hacerlo); pero hemos sido humillados, y yo me inclino a pensar que esta humillación nacional debió de influir algo en la santa cólera que animó de pronto a la señora del almirante von Treischke contra el pro-

fesor Ulrich von Hahn, de la universidad de Bonn.

En todo caso, esta razón se unía a todas las demás que tenía para rebelarse contra el orgullo y la locura alemanes, que la habían conducido a ella y a sus hijos al fondo de este horrible drama.

—¡No, no!—exclamó Amalia en un estado de súbito furor que la ponía al borde de la locura—. ¡No! ¡No hay que lamentar que este señor no pueda hablar en lo sucesivo! Ciertamente, cuando hace un momento pude apreciar la desgracia que le ocurría, pude emocionarme también un instante y sentir compasión ante una crueldad tan precisa, tan audaz y tan feroz. Yo soy mujer; pero el capitán Hyx (ahora lo digo como lo pienso, tal como lo pienso), el capitán Hyx tenía muchas razones para hacer que le arrancaran la lengua... ¡Ella es la verdadera culpable!... ¡Ah! ¡Que coja a todos los profesores, a todos, y que me deje a mis hijos! Y que les arranque la lengua a todos para que mis hijos no les oigan nunca más recitar sus locuras... ¡Ah! ¡Las monstruosas locuras que tienen en la lengua!... Necesitan tener lenguas sólidas para soportar semejante peso de imbecilidades y colorales tonterías. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!... En fin, Herbert, mi buen Carolus, ¿cuántas veces no los ha oído usted mismo?... Cuando no nos encerrábamos horrorizados detrás de una puerta, era al menos para reventar de risa... Pero ahora ya no podemos reírnos de su elocuencia, que ha hecho llo-

rar a tantas madres... ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!... Que no se les oiga más decir (por desgracia conozco sus frases de memoria):

“La guerra es un instrumento de progreso...”

“En el empleo de la violencia no existe límite alguno...”

“La guerra justifica todos los medios.”

“Es menester que a los pueblos invadidos no les queden más que los ojos para llorar.”

“¡Sobre todo seamos duros!”

“¿Decis que la buena causa santifica la guerra? Yo os digo que es la buena guerra la que santifica todas las causas.” Y eso es de Nietzsche, ¿verdad, verdad, tío Ulrich?

“La guerra es un instrumento de progreso...”

“Alemania, gracias a sus facultades de organización, ha alcanzado una etapa de civilización más elevada que los demás pueblos. La guerra les hará a éstos participar de ella.” ¿Verdad, profesor von Hahn?

“Nosotros no tenemos que excusarnos por nada... Moral e intelectualmente somos superiores a todos, incomparables... Esta vez haremos tabla rasa...” ¿Verdad, profesor Lasson?... ¿No es verdad?

“La *Kultur* no excluye el salvajismo sangriento; sublima lo demoníaco...” ¿No es verdad, Thomas Mann? Y también, ¡oh, horror!, esto que he oído:

“¡Oh tú, Alemania, degüella millones de hombres... y que hasta las nubes, más altas que las montañas, se amontonen la carne humeante y

las osamentas humanas!" ¿No es verdad, señor consejero áulico Heinrich Viererdt?... ¿No es verdad, no es verdad, tío Ulrich?... ¡Sí, sí! Es justo. ¡Que se les arranque la lengua!... ¡Que se les arranque la lengua!...

Arrastrada por su prosopopeya, Amalia no se había dado cuenta al pronto de que el tío Ulrich, sacado de su letargo por el eco de este furor vengador que estallaba sobre su cabeza, la miraba fijamente con ojos de espanto y abría una boca horrible, que en vano intentaba responderla...

¡De pronto Amalia vió aquello! ¡Vió aquella boca!... Se inclinó sobre ella con una alegría exacerbada... Y levantándose exclamó con un gesto de victoria:

—*En fin, ya no le oiré clamar: «Deutschland über alles!»*

XXI

**Lo que significaba la promesa
del capitán Hyx.**

AMALIA no hubiera sido la dulce y tierna criatura que yo conocía, si después de semejantes transportes, harto explicables en su situación, no se hubiera deshecho inmediatamente en lágrimas y no hubiera recomendado al doctor que cuidara al tío Ulrich como a un pariente amado.

Por lo que a mi respecta, ella me condujo a su cuarto, en donde se encontraban sus hijos, y allí, lejos de miradas extrañas, nos compadecimos de modo adecuado acerca de nuestro infortunio.

Mientras ella suspiraba junto a mí, mis manos acariciaban los cabellos del pequeño Carolus. Dorotea y Heinrich jugaban, ¡ay!, "a la guerra", como si ya no se acordaran de la trágica escena que acababa de tener lugar ante el hombre enmascarado y como si no hubiera en el mundo juego más agradable que ése.